

en favor de la compañía de Jesus; habia escrito á algunos soberanos, á muchos obispos, y entre otros á los de Alesia y Angers. Habia procurado inspirar á Luis XV sentimientos de benevolencia por los jesuitas. Estas diferentes tentativas no pudieron detener la catástrofe. Lisonjeóse acaso el Papa de que una constitucion solemne haria mas efecto; confirmó pues de nuevo el instituto; pero este nuevo esfuerzo fué tan infructuoso como los precedentes. Muchos parlamentos suprimieron la bula, y aun el de Aix añadió á esta supresion una invitacion al rey á que usase de sus derechos sobre el condado. ¿En qué se entremetia él? pero no habia que esperar que los enemigos de la autoridad espiritual de los Papas respetasen mucho sus derechos temporales. En Portugal Pombal se levantó tambien contra la bula, y en este reino, como en Francia, fué considerada como no avenida.

— El 26 de enero, decreto de la congregacion de ritos en Roma para aprobar el culto del sagrado corazon de Jesus. Esta devocion simbólica se habia estendido bastantes años hacia, y las almas piadosas se habian tanto mas consagrado á ella cuanto el amor del hijo de Dios se borraba mas entre los hombres. Por otra parte habia sido autorizada por muchos breves, y entre otros por uno de Benedicto XIV del 28 de mayo de 1757. El 6 de febrero de 1765, Clemente XIII aprobó el decreto de la congregacion, y poco despues los obispos de la asamblea del clero de Francia decretaron en una

deliberacion sobre este asunto hacer celebrar esta fiesta en sus diócesis y empeñar á sus colegas á seguir este ejemplo; lo cual fué ejecutado. Muchos prelados dieron tambien mandatos para indicar á sus fieles lo que debian pensar sobre esta devocion, y lo que debian responder á las objeciones de los que la criticaban; porque no tenia la aprobacion de todos. Los unos, á cuyos ojos toda práctica religiosa es supersticion, se mofaban de esta como de las demas: los otros que aun sobre este punto se unian á los filósofos, hablaban de la devocion al sagrado corazon como de una especie de idolatría, y la ridiculizaban en toda ocasion: escribieron tambien contra ella; y es de notar que se sirvieron las mas veces de las mismas objeciones con que los protestantes combaten la Eucaristía. Los verdaderos fieles saben bien que el culto al sagrado corazon no es otra cosa que una manera de escitar en nosotros el amor al Hijo de Dios, y la aprobacion de la Iglesia basta á aquellos que no tratan sino de ilustrarse. Sin embargo de esos algunos espíritus ardientes han hecho de ello una herejía bajo el nombre de *Cordicolos*.

— El 19 de marzo, decreto del parlamento de París contra el *Diccionario filosófico portatil* y las *Cartas de la Montaña*. Constituian estas cartas una defensa de Rousseau contra la proscripcion á que habian condenado sus compatriotas el *Emilio*. Dejarémoslas á un lado para ocuparnos solamente en el *Diccionario filosófico*, con respecto del cual con-

viene que nos estendamos algun tanto, puesto que el autor de esta nueva composicion irreligiosa desplegara á la sazón todo su celo, y emplease todo su talento para dar al traste con todo lo que él designaba con los nombres de supersticion y fanatismo. Una multitud de escritos con igual tendencia habian ya precedido y sucedido al *Diccionario filosófico*, el primero de los cuales, segun el orden de las fechas fué el *Sermon de los cincuenta*, á cuya entrada se halla, en la grande edicion de las obras de Voltaire, la siguiente advertencia del editor: *Preciosa es esta obra, la primera donde Voltaire, quien hasta entonces habia atacado indirectamente la religion, se atreve á acometerla cara á cara. Pareció poco tiempo despues de haber visto la luz pública la Profesion de fe del vicario saboyardo. Manifestóse su autor algo zeloso del valor de Rousseau, y este es acaso el único sentimiento de zelos que experimentó en sus dias. Pero bien pronto escediera á Rousseau en atrevimiento, así como le escediera en genio*¹. El marqués de Condorcet, se espresa á poca diferencia de la misma manera en su vida de Voltaire: *El atrevimiento del Emilio asombró Voltaire y escitó su emulacion..... Podia estar seguro de que conjuraria la persecucion, ocultando su nombre, y cuidando de guardar sus miramientos á los gobiernos, y de dirigir todos sus golpes contra la religion... Aparecieron por toda la Europa una multitud de*

¹ Tomo XXXII, p. 380, edicion en 8°.

*obras, donde empleaba alternativamente la elocuencia, la discusion, y sobre todo la chanza. Su zelo contra la religion parecia redoblar su actividad y sus fuerzas. Ya estoy fastidiado, decia cierto dia, de oirles repetir que bastaron doce hombres para establecer el cristianismo; y me pasa por la cabeza probarles que bastará uno para destruirlo..... Multiplícáronse á su vez los libres-pensadores en todas las clases de la sociedad, así como en todos los paises, los cuales, conociendo luego su número y sus fuerzas, osaron manifestarse..... Él habia organizado en toda la Europa una liga, de la cual era el alma*¹. Ateniéndonos á estas confesiones, nos está bien permitido afirmar que Voltaire se hallaba á la cabeza de un partido, y que redujo todo su celo á combatir el cristianismo. A la par de sus editores pensamos que redobló su ardor en 1762, habiéndole despechado el éxito prodigioso de Rousseau, como lo confiesan sus propios partidarios mas arriba, y como lo deja ya traslucir su misma *Correspondencia*. Declárase en ella descontento de todas las obras de Rousseau, aunque debian de agradarle, puesto que marchaban al mismo objeto que los suyos². Electrizado con la cir-

¹ *Vida de Voltaire*, por Condorcet, p. 112-115. Forma el LXX y último volumen de la edic. de Kehl, en 8°.

² En dos cartas dirigidas á Thiriot, en 1761, se esplicaba de esta suerte acerca de la *Nueva Heloisa*. *Nada de novelas de Juan Jacobo. Helo leído por mi desgracia, y seria por la suya, como tuviere tiempo de espresar todo lo que pienso de esta obra impertinente. Es la tal novela, á mi parecer, sosa, ordinaria, impudente y fastidiosa. El*

culacion animada de estas mismas obras que escitaban su murmuracion, dió á luz en poco tiempo una infinidad de escritos, donde, mudando en efecto su modo de guerrear, descarga contra la religion golpes directos. El *Sermon de los cincuenta* estaba dividido en tres partes, dirigiéndose las dos primeras contra el antiguo Testamento, y la última contra el nuevo; pero se vale de un lenguaje y un estilo tan ultrajantes, que repugnarian hasta al hombre mas indiferente. Mientras que Rousseau en su *Emilio* estaba ensalzando la pureza, la moral y la santidad de la doctrina de Jesucristo, Voltaire en su *Sermon* habla del hijo de Dios en términos muy groseros. Repetidas están hasta el fastidio las espresiones de *demencia*, de *horror*, de *absurdo*, de *abominacion*, de *ídolo*. El *Sermon del rabino Akib* ofrece el mismo temple, como hecho en el mismo tiempo, igualmente que cinco Homilias anunciadas, como si se hubiesen pronunciado en Londres por los años de 1763. Versa la primera sobre el ateismo, y aun cuando el autor combate este sistema, mezcla en sus razonamientos muchas invectivas contra el cristianismo, contra la Escritura, etc., y concluye diciendo: *Si el mundo estu-*

dia 25 de junio de 1762, escribia á Damilaville lo que sigue: *El Contrato social ó insocial, se hace digno de atencion por algunas injurias dichas groseramente á los reyes por el ciudadano de la villa de Ginebra, y por cuatro páginas insípidas contra la religion cristiana, y aun estas cuatro páginas no son sino centones de Bayle. En fin decia al marqués de Argens, á 22 de abril de 1763: « Muchas cosas hay en el Emilio absurdas y ridiculas. »*

viese gobernado por ateos, tanto valdria estar bajo el imperio inmediato de esos seres infernales que nos pintan encarnizados contra sus víctimas. La segunda Homilia versa sobre la supersticion. Constantemente afecta Voltaire confundir la religion con esta, imputando á la primera máximas que ella reprueba, y crímenes que detesta. Quiere hacer responsable á la religion de todos los crímenes perpetrados por los hombres que la conocen mal, y que la practican peor; y no quiere descubrir su influencia, sino allí donde se ejerce solamente la influencia de las pasiones. De esta manera da pruebas de su imparcialidad. Las tres restantes Homilias tratan de la interpretacion del antiguo Testamento, de la del nuevo, y de la comunión. Su estilo es el mismo que desde este tiempo caracterizó los escritos de este autor, el cual, deseando hacer efecto, creia que el mejor modo de alcanzarlo era echar mano de esta vehemencia y esa fogosidad, tan poco dignas de un filósofo, de un sabio y de un amigo de la verdad. Todo lo que iba publicando en aquellos tiempos marchaba al mismo efecto. *Si he escogido por objeto la Olimpia, escribia á d'Alembert á 25 de febrero de 1762, ha sido menos para componer una tragedia que para escribir un libro de notas al fin de la pieza; notas relativas á los misterios, á la conformidad de las expiaciones antiguas y modernas, á los deberes de los sacerdotes, á la unidad de Dios predicada en los misterios, al suicidio.... Háme parecido todo esto muy curioso y susceptible de*

*un atrevimiento razonable*¹. En 1762 publicó Voltaire un extracto del testamento de Juan Meslier; pieza que sus editores no han insertado en la coleccion de sus obras, pero que le pertenece. El mismo d'Alembert lo pensaba igualmente, como puede deducirse de su carta del 31 de marzo de 1762 á Voltaire, el cual le habia enviado el *Extracto del testamento de Meslier: Sospecho que el Extracto del testamento es obra de un Suizo que entiendo perfectamente el francés, aun cuando afecte de hablarlo mal*². El señor Barbier, en el *Diccionario de los anónimos*, atribuye tambien á Voltaire el *Extracto del testamento*. Nada tiene de estraño por lo mismo que abunden en él tantos tiros contra el cristianismo. Lo que pudiera sorprenderes el deseo horrible que concluye la obra, el cual trasladaremos aquí para dar una prueba de la dulzura y humanidad de esos apóstoles de la tolerancia: *Quisiera, pónese en boca de Meslier, y este será el mas ardiente de mis deseos, quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con el mondongo del último de los sacerdotes*. Mucha relacion tiene este voto con los dos versos tan conocidos de Diderot; y no es á la verdad una pequeña gloria para los dos filósofos el haber concebido á la par una idea tan graciosa.

¹ *Correspondencia con d'Alembert*, t. LXVIII de la edicion de las Obras, p. 191.

² *Correspondencia, etc.*, p. 195. Sábese que Voltaire, en su *Correspondencia*, toma frecuentemente el nombre de Suizo, firmando tambien algunas veces de esta manera.

El *Tratado sobre la Tolerancia*, que vió la luz pública en 1763, lo compuso con motivo de lo de Calas, que estaba haciendo á la sazón mucho ruido. Principia Voltaire, refiriendo compendiosamente el acontecimiento, y se levanta con esto contra el fanatismo del pueblo y los jueces de Tolosa. Sirviéndole esto de punto de partida, propone diversas cuestiones sobre la tolerancia, y las resuelve á su manera. Ni consiente que se gradue á los Romanos de intolerantes, ni quiere convenir en que hayan perseguido á los cristianos, siendo para él el celo inconsiderado de estos lo que les acarreó sus castigos. *Cuando, no contentos con adorar á un Dios en espíritu y en verdad, se declararon violentamente contra el culto recibido, por absurdo que fuese, es preciso confesar que obraron á la sazón afuer de intolerantes*. Esto es muy curioso, puesto que no fueron los intolerantes los verdugos, sino las víctimas. Edificante es por otra parte ver á Voltaire condenar con tanta fuerza á los que *se declaran violentamente contra el culto recibido*; pues, segun sus propios razonamientos, él era realmente un *intolerante*. Atorméntase en esta obra por probar que los mártires la erraban de por medio, y por conmovér la verdad de los hechos consignados en la historia eclesiástica, relativamente á esto. Despues de lo dicho, establece esta cuestion: *sobre si Jesucristo ha enseñado la intolerancia*. Si hubiese discutido siempre como lo estuvo haciendo en este pasage, hubiese sido casi de todo punto irrepreensible.

Nada de tono chocarrero, nada de sosas chanzas, al contrario el retazo es serio, decoroso y razonado, haciendo notable contraste con lo que precede y sigue. Unicamente pudiera vituperársele el final y una nota, todo lo cual parece que se añadió fuera de tiempo. El *Diálogo entre un bárbaro y un moribundo*, y en especial la *Carta supuesta escrita al jesuita Le Tellier en 1714*, ofrecen ya un estilo bien diferente. Ridiculisimo es el absurdo de esta última pieza. Las *Observaciones acerca de la Historia general, ó Suplemento al Ensayo sobre las Costumbres*, arrojan el mismo espíritu que la obra principal. El drama de *Saül*, que, segun el orden de los tiempos, sucede á los escritos arriba mentados, es una composicion monstruosa, la que no puede haber sido inspirada sino con el objeto de envilecer la Escritura. El *Catecismo del hombre de bien, ó Diálogo entre un monge griego y un hombre de bien*, es una estensa alegacion contra el antiguo y el nuevo Testamento. Por último salió á luz el *Diccionario filosófico*, que es el objeto primordial de este artículo. Conforme á su método, publicólo Voltaire sin su nombre: *Dios me libre*, escribia á 13 de julio de 1764, *de tener la menor parte en el Diccionario filosófico: algo he leído de él, y he visto que huele terriblemente á chamusquina; y á 29 de setiembre: ¡Qué barbarie de atribuirme el portatil! como si no se supiese que esta obra es parto de un tal Dubut, aprendiz en teología de Holanda*. Con el mismo objeto de hacerse pasar por el no autor de

esta obra escribió á todos sus amigos, al duque de Richelieu, al conde de Argental, al presidente Henault. El 16 de julio escribia á d'Alembert: *He oído hablar de este pequeño y abominable Diccionario, obra de Sátanas, en la cual afortunadamente no tengo la menor parte. Mucho sentiria haber trabajado en esta villana obra. Soy la misma inocencia, y vos me hareis justicia cuando llegue la ocasion; menester es que los hermanos se ayuden los unos á los otros*¹. Tal era el tono de ironía con que estaba hablando á sus amigos íntimos de la tal obra, la cual, decia tambien á d'Alembert: *es de un tal Dubut, proponente que no ha existido jamas*. Esmerábase en sostener que no era suyo este escrito tanto mas cuanto se estaban quejando de él. Un obispo elevó algunas representaciones al rey, acerca de la publicacion libre é impune de una semejante composicion, á cuyo verdadero autor conocia y apellidaba todo el mundo. Con todo el duque de Praslin desvió el golpe que hubiese sufrido indudablemente Voltaire, á no estar tan protegido por algunos grandes, cuyo favor se habia conciliado por medio de sus talentos y nombradía. Declaráronse por él el duque de Richelieu, el duque de Choiseul y madama de Pompadour. Empezábase ademas á mirar ya las proscripciones de esta clase de libros como cosas de mera fórmula, y era muy facil que un hombre favorecido de tantos amigos huyese el

¹ Correspondencia con d'Alembert, t. LXVIII de las obras, p. 307.

cuerpo á toda persecucion. Por eso prosiguió trabajando en el mismo género. El mismo año del decreto publicó las *Cuestiones sobre los milagros*, el *Pirronismo de la Historia*, y la *Filosofía de la Historia*. La primera es una mezcla confusa de toda clase de reflexiones, sobre toda clase de materias, sin consecuencia, sin eleccion y sin gusto, suponiéndolas el autor como producto de escritores imaginarios. Digno es de su título el *Pirronismo de la Historia*, donde empieza Voltaire de esta manera: *gloriome de participar de las mismas opiniones del autor del Ensayo sobre las Costumbres*. Acusa á Bossuet de crédulo: *Ya estaba cierto de que su nacion no leeria sino superficialmente su bella declamacion universal, y que los ignorantes le creerian bajo su palabra, palabra elocuente, y algunas veces engañosa*. No trata con menos miramiento á Fleury: *Mancillada está su Historia de cuentos que desdeñara una vieja de nuestros dias*. Así va pasando en revista Voltaire á todos los historiadores, no hallando en todos ellos mas que falsedades. Burlase alternativamente de los Judios, de los Egipcios, de Heródoto, de Tucídides, de los antiguos y de los modernos. En vez de discutir se chancea; cree haber destruido un hecho con alguna pulla, y se imagina ser un buen crítico, porque es un burlon y un chistoso. Su mordacidad es acaso la parte menos reprehensible de su obra, porque cuando no quiere hacer reir, hace alguna injuria. La *Filosofía de la Historia* pareció bajo el nombre del abate Bazin, y el

sabio Larcher la refutó. Repite en ella el pretendido abate lo que ya habia dicho mas de veinte veces: recorre muchos objetos, y se mofa de todo, decidiendo con suma ligereza. Vuelve á la carga repetidas veces contra los libros santos, los cuales ataca siempre con una predileccion notable. *No es para decirse que hayan vivido los hombres jamas tres ó cuatro cientos años; si en la Biblia es un milagro respetabilisimo; es un cuento absurdo en toda otra parte*. Cree el autor en la antigüedad de los Chinos, y se burla de la relacion de la Escritura, confundiendo con sus sarcasmos estériles protestas. Escusa la idolatría, combate hasta la existencia de Moises, y comenta á su manera la historia judía, donde antes ya estaba decidido á no hallar sino crímenes é imposturas. Paréceme que de todos los estravíos que sufre en el tal escrito se le podria perdonar mas fácilmente el de esas demostraciones irrisorias de respeto y adhesion á una religion que combatia con tanto ahinco. Proscribiéronse en Roma casi todas las obras que acabamos de nombrar. Un decreto del 8 de julio de 1765 prohibió el *Diccionario filosófico portatil*, el *Sermon de los cincuenta*, el *Testamento de Meslier*, el *Catecismo del hombre de bien*, *Saul y David*, y el *Examen de la religion*, atribuido á Saint-Évremont. El *Tratado sobre la Tolerancia* sufrió la censura por el decreto del 3 de febrere de 1766, y otro del 12 de diciembre de 1768 censuró la *Filosofía de la Historia*.

—El 30 de abril, decreto dado por el Papa, é